
Los designios de la historia vivida

José Manuel Azcona
Francisco Veiga

Trabajar en el ámbito de la Historia Actual no es como hacerlo en otras especialidades historiográficas. Supone circunscribirse a un tiempo corto, que acota los últimos veinticinco o treinta años, la última generación completa. Eso supone que el historiador deberá estar continuamente atento a la información complementaria que arroja la actualidad cotidiana sobre el pasado reciente. Porque bien puede suceder que el acceso a nuevas fuentes o revelaciones significativas, tanto en el motivo de nuestro estudio como en fenómenos que lo afecten, ni que sea indirectamente, hagan variar el planteamiento original.

Por todo ello, en el trabajo de Historia Actual, trátase de una investigación o de preparar lecciones para la docencia, tiene capital importancia la elaboración de hipótesis, a modo de grandes esquemas en los cuales integrar la explicación de fenómenos recientes. Ese esquema puede ser más o menos genérico, sus conclusiones resultarán originales o más bien trilladas. Pero ha de ser

consistente y profesional, aportando propuestas que sean fruto de la reflexión historiográfica. Porque uno de los objetivos del historiador que se dedica al tiempo presente es el de rastrear, escoger, almacenar y ordenar aquellos datos significativos que el tiempo esconderá hasta el punto de hacerlos desaparecer. Y esa no debe ser la labor del periodista, centrado en relatar e incluso analizar lo inmediato. La prensa, que en otros tiempos tuvo un papel central en el trabajo documental del historiador, ya ve su importancia disminuida en nuestros días. La crisis económica, actuando en pinza con la eclosión tecnológica de las redes sociales, han transformado a millones de ciudadanos en «periodistas» y testigos de su época. Por lo tanto, el historiador del presente debe preparar el terreno a sus colegas del futuro, seleccionando y trabajando con todo aquel material documental que se puede recoger en la red, en la prensa escrita, en los canales de televisión o lo que él mismo haya vivido como testigo, en las muy diversas maneras que existen de serlo en nuestros días.

Hay colegas que niegan la seriedad del trabajo de Historia Actual en base a la importancia cardinal que tradicionalmente se le ha dado a los archivos como fuente central y más solvente en la tarea del historiador. Lógicamente, los acontecimientos que han tenido lugar en el pasado más o menos inmediato son difícilmente interpretables en base a una documentación de estado o una memorialística que pueden no haberse generado todavía, son materia reservada o, simplemente, ni siquiera se han ordenado en los archivos.

Sin embargo, esto no es una verdad absoluta. Existe un cúmulo de archivos sobre la historia más reciente que sí son consultables. Tal es el caso de los modelos estadísticos, de los informes que generan regularmente las instituciones económicas y comerciales, los materiales de los centros de estudios políticos y sociales, los muy detallados estudios electorales y, más recientemente, las corrientes de opinión en las redes sociales. Regularmente llegan a nues-

tras manos significativas porciones de las denuncias, las diligencias, los atestados y sumarios de los procesos. Tenemos a nuestra disposición la masa ingente de los datos económicos, las encuestas de opinión, los datos electorales, los testimonios de la historia oral. Visionar o escuchar un discurso político puede ser una opción si el correspondiente *podcast* o video están colgados en la red. Entrevistar al personaje en relación a un acontecimiento acaecido dentro del ámbito de los últimos treinta años también puede ser una posibilidad, en ocasiones dificultosa, a veces más sencilla, pero siempre posible. El recurso a los foros de opinión ha servido para el trabajo de historia oral, sobre todo en relación a asuntos delicados o a fin de recoger opiniones o testimonios de sujetos no fácilmente accesibles o comunidades dispersas.

Documentos sensibles o clasificados lo son cada vez menos gracias a las modernas leyes de transparencia en muchos países; aunque las filtraciones se han convertido en todo un fenómeno que alcanza difusión internacional masiva gracias a Internet. Ahí están las masas documentales generadas por Wikileaks o las revelaciones de Edward Snowden. También existe documentación que se puede comprar o consultar en los archivos correspondientes. Por lo tanto, para el historiador del tiempo presente la principal preocupación puede llegar a ser el exceso de inputs. De hecho, éste es el principal problema que encuentran los servicios de inteligencia que hoy en día trabajan con enormes masas de material público, las denominadas OSINT (Open Source Intelligence), para lo cual se han diseñado software capaces de procesar cantidades masivas de datos en la red, los recolectores de metadatos: Matheo Web, Meta-Goofil, Libextractor, Maltego y tantos otros, de continuada aparición en el mercado o mejora de sus capacidades. El recurso a las técnicas OSINT fue producto, ni más ni menos, de la aparición de Internet, cuando los servicios de inteligencia más evolucionados —y después las empresas de inteligencia económica, prospección

de mercados o redes sociales— se percataron de que la información estaba al alcance de quién la supiera recoger, procesar e interpretar, sin necesidad de otros recursos.

En 1976, el historiador italiano Carlo Ginzburg se hizo internacionalmente famoso con su obra: *El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero en el siglo XVI*. La obra se convirtió en la bandera de la corriente conocida como microhistoria a partir de la reconstrucción de la vida y cosmogonía de un anónimo molinero, un individuo procedente de las clases populares, en base a las actas del proceso inquisitorial al que se tuvo que enfrentar. Pues bien: para el historiador de lo actual la situación es exactamente la opuesta: el problema es la «infoxicación», es decir, la intoxicación que supone la descomunal proliferación de fuentes y datos. Una problemática que ahora resulta novedosa, pero que será habitual para los historiadores del 2050 —una década antes o después— que deban enfrentarse inexcusablemente al estudio de los acontecimientos que hoy vivimos como realidad cotidiana y que ya no pueden dissociarse de la influencia de las redes sociales, el laberinto de Internet, la prensa electrónica o las enormes masas de fuentes caducadas y desaparecidas.

La prevención de este desafío es un deber moral y profesional de los historiadores de nuestro tiempo. No podemos pasar de puntillas sobre la problemática de la «infoxicación» como si no existiera, limitándonos a recomendar a nuestros estudiantes, en las aulas, el recurso a las tradicionales hemerotecas, bibliotecas y archivos del Estado para el estudio del periodo que sigue al final de la Guerra Fría, ya a un cuarto de siglo vista. Por supuesto que el tradicional florilegio de fuentes primarias es totalmente imprescindible para cualquier trabajo académico tenido por serio y riguroso; y lo seguirá siendo durante muchos años. Pero ahora mismo ya existen más fuentes y herramientas que el estudiante de Historia, futuro profesional, debe conocer y no rehuir. De hecho, el pro-

blema va más allá. Enfrentados a la tarea de analizar el pasado cercano –y de ahí al lejano– desde el presente, a una buena mayoría de estudiantes se les rompen unos esquemas tenues, prácticamente inexistentes. Es una cuestión de grandes corrientes historiográficas cuestionadas –y esto es materia de otro estudio– pero también de «infoxicación». Las redes sociales han colocado el dictamen de los expertos al nivel de las opiniones de los aficionados; el tratamiento mediático de los acontecimientos también se ha visto afectado, a partir de la infantilización de la noticia. Muchas veces todo se reduce al manejo dogmático de un materialismo histórico muy desgastado, a las denominadas teorías de la conspiración, a la disolución de la memoria histórica entre el aluvión de acontecimientos que, desde la escala global, invaden la comprensión del presente y el pasado locales.

La situación es paradójica, porque quienes terminan por hacer el trabajo de los historiadores, en el «tiempo corto», son los periodistas. Y no es que les salga mal, pero lo hacen como periodistas, no como historiadores; es decir: existe una diferencia entre reportaje y análisis historiográfico. Son dos géneros distintos, que no conviene confundir.

Para los proyectos historiográficos, utilizar los reportajes periodísticos como punto de partida no siempre es un buen comienzo; sobre todo en la época actual, expuesta a la superabundancia informativa y la manipulación política a gran escala. En efecto, la crisis de los medios de comunicación tradicionales que trajo Internet y la Gran Recesión de 2008, ha supuesto la aparición de unos medios de comunicación intensamente subvencionados, al servicio de intereses políticos muy concretos. El surgimiento de la prensa digital, elaborada por reporteros autónomos, mal pagados o simples colaboradores ocasionales sin salario alguno, ha revertido también en el empobrecimiento de la información mediática. De la misma forma, en aquellos países en los que acaparan una gran ca-

pacidad de influencia política, los *think tanks* o los lobbies también han contribuido a convertir a la prensa en vehículo de transmisión de intereses partidistas, incluso de grandes corporaciones.

Por regla general, el reportaje periodístico ha actuado como el encofrado de la historia canónica. Especialmente a lo largo de los últimos cincuenta años, con la expansión de la «corrección política», concepto que ha acompañado la construcción de la nueva cultura de la posguerra fría. La rigidez ideológica de la gran industria mediática posmoderna, cargada de dobles raseros y omisiones interesadas, propicia que los profesionales de la Historia Actual se vean obligados a centralizar sus esfuerzos en dos direcciones, principalmente. De un lado como recopiladores de información y datos sobre los fenómenos históricos recientes, a fin de establecer las bases sobre las cuales trabajarán los historiadores en el futuro. Por otra parte, elaborando esquemas o explicaciones hipotéticas de fenómenos históricos o periodos completos. Ambos ejercicios suponen que el historiador deberá ser consciente, desde un principio, de que sus esfuerzos sólo le conducirán a certidumbres parciales, a resultados forzosamente incompletos. El trabajo del profesional de la Historia del tiempo presente conlleva ese grado de frustración que en realidad no difiere en su fondo del que padece cualquier historiador dedicado a investigar sobre la época que haya escogido. Lograr la explicación absoluta de cualquier acontecimiento del pasado es algo imposible, comenzando por el hecho de que lo impide el natural poso de subjetividad que conlleva trabajar durante meses o años sobre la casuística histórica. Sin embargo, afrontar el análisis de un suceso coincidente con el tiempo generacional del historiador supone que los acontecimientos del futuro ejercen, tarde o temprano, un efecto corrector. No sólo porque la aparición de nuevos datos sobre el pasado llevan implícita la necesidad del previsible reajuste de lo estudiado. Es que, además, la perspectiva general del periodo, a grandes trazos,

termina por aportar nuevos enfoques, explicaciones y soluciones. Pese a todo, los historiadores del tiempo presente debemos salir de la crónica periodística para ir más allá en una analítica de los hechos que vivimos o que los anteceden que adopte una visión poliédrica por muy inmediata que parezca. En ocasiones, sucede precisamente que la percepción de la historia vivida genera en el historiador profesional una valía especial pues traslada al papel, a su análisis de los hechos (que siempre son tozudos) lícitas percepciones del momento que le toca vivir y que son tan legítimas como aquellas otras que resultan de enfrentarnos a documentos de pergamino o de papel de periódico amarillento.

En muchos sentidos, la Historia Actual –creemos– es la que configuran los historiadores vivos en el tiempo que les toca vivir o en los aledaños de la generación que le antecede, máxime cuando entendemos que más allá del pasado y del presente nos anclamos al tiempo histórico que no sólo ha recuperado el presente sino que, inevitablemente, se proyecta sobre el futuro inmediato. Investigamos, pues, los problemas presentes o vivos hurgando en el pasado a la búsqueda de las raíces de aquello que analizamos en la más absoluta contemporaneidad pero sin perder de vista el núcleo presente y actual de nuestra analítica. Que se proyectará, de forma inmediata, sobre el devenir próximo. En este sentido, la Historia Actual no está solamente bajo las coordenadas de historia/presente, sino que también la debemos incluir en la clara concepción de historia/tiempo, en la que el pasado es un fin en sí mismo para los objetivos hasta aquí descritos. Un fin en sí mismo pletórico, eso sí, de fuerza sustentadora del tiempo presente, de su explicación coherente y su tozuda prospectiva.

J. M. A. / F. V.